

Si bien muchas veces se dice que Bernard Shaw es un revolucionario, pocos son los que saben precisar qué es lo por él revolucionado. Ward, fijándose en su teatro, señala como principal rasgo renovador el de que en la fórmula del *drama como conflicto, como lucha*, Shaw sustituye el conflicto de las pasiones por el conflicto del pensamiento y de las creencias, o, expresado de otra manera, da a las pasiones morales—problemas morales—el lugar monopolizado durante tanto tiempo por las pasiones físicas, sensuales.

En este aspecto Bernard Shaw—dice Ward—más que un innovador es un renovador, ya que en el teatro clásico griego o en el inglés elisabethiano, el choque de las ideas tuvo una importancia capital.

Completan el interés y utilidad de esta obra de Ward unas páginas finales en las que, además de la acostumbrada bibliografía, se nos ofrece un repertorio de las fechas y lugares de estreno de las principales obras dramáticas de Shaw.

Michael Swan.—HENRY JAMES. Londres, 1950.

Novelista poco popular en su época, Henry James es hoy—como Swan señala al final de su estudio—uno de los escritores que más interés despiertan en Inglaterra.

Se repite aquí el caso de Stendhal en las letras francesas, o el de *Clarín* en las españolas, novelistas ambos, como James, mejor comprendidos y valorados por las generaciones posteriores que por aquella a la que pertenecieron. Henry James es un destacado cultivador de la que suele llamarse novela psicológica, ofreciendo así un rasgo más de semejanza—salvadas todas las distancias—con la obra stendhaliana o la de Leopoldo Alas.

A James le preocupaba el conseguir popularidad, y a este propósito cita Swan una frase del novelista dirigida al escritor W. W. Jacobs envidiándole la popularidad que su obra le había conseguido.

A Henry James, nacido en Norteamérica, le pareció éste un continente demasiado inmaduro para la creación de una gran obra literaria, mientras que la vieja Europa se le presentaba cargada de tradiciones y de posibilidades artísticas. En 1869 abandona Norteamérica y parte para Europa. Conoce Inglaterra, Italia, Francia. En París vive el ambiente literario, da a leer sus relatos a Flaubert, que los alaba por su propiedad y los censura por su falta de color. A James, excesivamente puritano, le parece inmoral la novelística francesa de aquel tiempo, y la compara con bellas vasijas en las que se vertiesen cosas inmundas.

Pese a su amor por Francia y por París, prefiere residir en Londres, donde encuentra el ambiente deseado, convirtiéndose en un ciudadano inglés y—al igual que Conrad—nacionalizándose como tal. Henry James se cree entonces capacitado para escribir unas novelas en las que no podría discernirse si estaban escritas por un americano conocedor del pueblo inglés o por un inglés conocedor de Norteamérica.

Deseoso de la popularidad que envidiaba en W. W. Jacobs, y no consiguiéndola con sus novelas, intenta lograrla escribiendo obras teatrales. *The American* tuvo una discreta acogida, pero el estreno de *Guy Domville* fué un



tan rotundo fracaso que movió a James—caso inverso al de Bernard Shaw— a regresar a la novela. Consecuencia de estas experiencias teatrales y de la devoción de James por el género dramático es—según Swan—el que, desde entonces, sus novelas presentan una nueva técnica que acusa influencia teatral.

De las 21 novelas largas que James escribió, Swan escoge para su análisis las que él considera más representativas de tres períodos, y estudia inteligentemente los temas y las técnicas de *Roderick Hudson* (1876), *The Portrait of a Lady* (1881) y *The Golden Bowl* (1904).

Señala Swan la influencia de Balzac en la primera producción novelística de James, y se ocupa asimismo de algunas cuestiones de lenguaje y estilo de gran interés. Ya al comienzo del estudio se presenta como uno de los rasgos característicos de James, su dominio del lenguaje.

A las páginas que Swan dedica a las novelas de James siguen otras en las que estudia sus *short stories*, género para el que el creador de *Roderick Hudson* poseía un especial talento y capacidad.

James, como Proust y Joyce—señala Swan—, es uno de los escritores que más elementos autobiográficos vierte en sus obras de ficción. Tal vez convendría añadir que James se asemeja también a esos escritores en la dificultad que ofrece su lenguaje, rico en paréntesis y en períodos complicados.

Este breve pero acertado ensayo de Swan sobre Henry James lleva al final, como todos los de la colección, un índice bibliográfico.

M. B. G.

R. R. Nimmo.—ATOMIC ENERGY. Chapman and Hall Ltd. Londres, 1949. 1 vol. 8.º, 201 págs.

Se trata de la segunda impresión, sin ninguna modificación, de la primera edición de 1947. El libro está escrito con elegancia y no presupone conocimientos científicos profundos en el lector. En los primeros cuatro capítulos se dan a conocer las ideas actuales acerca de la estructura atómica, radioactividad, masa y energía, para poder abordar en los capítulos 5 a 8 el estudio de las técnicas experimentales modernas de la física atómica, así como los descubrimientos importantes a que han conducido. Los capítulos siguientes describen los detalles de los procesos que pueden servir para obtener energía atómica y los artificios que se han empleado para utilizarla en escala considerable. El último capítulo del libro se refiere al futuro de la energía atómica, y se consideran algunas de las consecuencias que se pueden deducir de los problemas ya resueltos.

Como es natural, en lo referente al aprovechamiento de la energía atómica y su utilización para fines pacíficos y militares sigue la información suministrada por el folleto «Atomic Energy for Military Purposes» de H. D. Smyth, única fuente de noticias que existía en 1947, fecha en que fué escrito el libro.

El libro va ilustrado con 45 figuras que hacen más comprensible el texto,

